

Cayó la figura.

Frase que por gráfica quiero entresacar de las líneas necrológicas que dediqué en mis *Habaneras* al Conde de Fernandina.

Su muerte, por tantos llorada, viene a remover dormidas memorias del pasado fastuoso de este noble caballero.

Y viene también a evocar el recuerdo de personajes numerosos de una aristocracia que se va.

No me remontaré a épocas, para mí casi desconocidas, en que florecieron cubanos de tan alta prosapia como el Conde de San Fernando, el Marqués de Almenares, el Marqués de San Carlos de Pedroso, el Conde de Casa Bayona, el Conde de Lagunilla, el Marqués de Montelío, el Marqués de Campo Florido, el Marqués de Santa Rita, el Marqués de

Casa Calderón, el Conde de Santovenia, el Conde de Lombillo, el Marqués de Villalba, el Conde de Cañongo y tantos otros.

He de limitarme a señalar, a modo de índice, meramente, algunos de los títulos que más sonaban en la década anterior a la guerra.

Movíanse los que los llevaban en esfera equidistantes, ora social, ora política, aunque confundiendo o aproximándose alguna vez por razón de circunstancias diversas.

En lo social, con el Conde de Fernandina como el más caracterizado representante de una noble estirpe, figuraban el Marqués de Sandoval, el Marqués de la Real Proclamación, el Conde de Romero, el Conde de la Reunión, el Conde de Barreto, el Marqués Morales, el Conde de Macurijes, el Marqués Du-Quesne, el Marqués de la Gracitudo, el Conde de Gibacoa, el Marqués de Santa Coloma, el Conde de Buenavista, el Marqués de la Real Campiña y el Marqués de O'Reilly.

Y en un ambiente político eran entonces figuras de relieve el Conde de Casa Moré, el Marqués de Apezteguía, el Marqués de Balboa, el Conde de la Mortera, el Conde de Galarza, el Marqués de Pinar del Río, el Marqués de Dávalos, el Conde de Lersundi, el Conde Ibáñez, el Marqués de Rabell, el Conde Diana, el Conde de Sagunto y el Marqués de las Regueras.

Hubo un solo Vizconde, el de Santibáñez, y un solo Barón, el de Kessel.

Tras la guerra, establecida una república democrática, los títulos nobiliarios han ido desapareciendo y han ido caducando.

Murió sin embargo patriota tan immaculado como don Salvador Cisneros con su aureola de Marqués de Santa Lucía.

Y el título se le daba.

Fué siempre, fuera de las relaciones oficiales, como todos lo llamaban:

—El Marqués.

De aquellos tiempos, como supervivientes de una aristocracia desmembrada, quedan en nuestra sociedad el Conde de O'Reilly, el Marqués de la Real Campiña, el Conde de Gibacoa y el Marqués de la Gracitudo.

Y queda también el cubano que más títulos y más condecoraciones ha acumulado en su persona.

Es el Conde de Villanueva.

Por derecho hereditario, y en el actual momento, se conservan entre nosotros los títulos de Marqués de la Real Proclamación, Marqués de Villalta, Marqués de Pinar del Río y ese Condado de Mopox y de Jarueo que con todos los prestigios de su cuna y de su historia lleva el joven Francisco de Santa Cruz y Mallén.

Andan diseminados por Europa títulos que tienen un acentuado abolengo cubano, entre otros, el Marqués de Prado Ameno, el Marqués de Sandoval, el Marqués de Casa Maury, el Conde Asmir, el Marqués Du-Quesne, el Conde de Cañongo, el Marqués de San Miguel, el Conde de Canimar, el Conde de Casa Montalvo y el Condado de Casa Romero con el Marquesado de Casa Núñez y Jura Real heredado el año anterior por mi amigo tan querido Paco Romero.

Con la muerte del Conde de Fernandina pasa a su primogénito, el distinguido caballero José María Herrera y Montalvo, un título que será siempre saludado con el respeto que merece por cuanto representa, con sus altos prestigios, en las tradiciones de la aristocracia cubana.

ENRIQUE FONTANILLS.

